

C O N F E R E N C I A S

18 - 11 - 1954

Problemas teóricos y prácticos de la lingüística vasca

por

DON LUIS MICHELENA

Académico de la Lengua Vasca

Profundo conocedor de los problemas que el "Euskera" ha suscitado en el campo de la Lingüística, el señor Michelena nos dedica en esta conferencia un cúmulo de sugerencias cuyo elemental planteo descubrió en la numerosa y distinguida concurrencia una nueva manera de valorar esta ciencia del lenguaje centrando sus fines, delimitanda en lo posible su campo.

Original y certero en sus apreciaciones, documentado y conciso en sus citas, su bien construída disertación fue recreo de los informados y orientación fundamental de los iniciados. Quebró con energía extravíos y animó con calor al numero notable de aquellos cuya preparación y especial disposición los coloca en la obligación moral de colaborar con mayor decisión en esta ciencia especialmente aplicada a nuestro "Euskera" como lengua vieja, pero como lengua viva también.

A su final, en el ambiente acogedor de la Sala —Cara de Ahorres Provincial—, el conferenciante, señor Michelena, entabló animada conversación con distintos grupos de asistentes procurando atender cuantas proposiciones se le hicieron.

Señoras, señores: Deseo expresar antes de nada mi sincero agradecimiento al Grupo Aranzadi por haberme ofrecido, con bien pocos méritos por mi parte, este ocasión de hablar de la situación y de los problemas de una ciencia en la cual estoy profundamente interesado. Y aumenta mi agradecimiento el hecho de que el Grupo Aranzadi, probando una vez más su bien probada amplitud de intereses, haya concedido esta atención a las Ciencias del Espiritu, a pesar de su dedicación preferente a las Ciencias de la Naturaleza.

Voy pues a aprovechar la oportunidad que se me ha brindado para hablar de lingüística y, muy especialmente, de una rama muy modesta, la que se ocupa de la lengua vasca. Comprendo que la mía será quizá la voz menos autorizada para hacer esta exposición, pero, por trabajar en una viña que por desgracia cuenta con tan pocos obreros, me siento más animado que si fuera el último de una de las legiones innumerables que trabajan en campos más prósperos.

Empiezo por una afirmación: la lingüística es una ciencia —y quiero dar a esta palabra su pleno valor—, no una ciencia como las otras, pero sí una ciencia entre las otras. Debemos pues olvidar ciertas ideas que corren, unidas a chistes, acerca de su valor y métodos. Las opiniones extrañas que acerca de hechos lingüísticos circulan entre la gente no son, como las ideas raras que uno escucha a veces acerca de los eclipses o la actividad de los microorganismos, más que manifestaciones del desconocimiento del verdadero estado de la cuestión, aunque acaso estén más difundidas en nuestro caso. La lingüística, en las distintas ramas especiales dedicadas al estudio de las diferentes manifestaciones del lenguaje entendido como facultad de hablar, posee métodos para fijar y clasificar los fenómenos, una técnica para describirlos en su relación mutua y con referencia al sistema total en que están integrados, puede observar ciertas regularidades —"leyes"— en la evolución histórica de las lenguas y puede precisar dentro de ciertos límites la relación histórica de unas lenguas con otras, para hablar sólo de los aspectos más conocidos.

Claro está que la evidencia de una demostración lingüística no es la misma que la de una demostración matemática, como no es tampoco la misma la naturaleza de los objetos de que se ocupan. Claro está también que en lingüística, al lado de hechos establecidos con seguridad, hay un número considerable de opiniones —o, si preferimos darles un nombre más solemne, de hipótesis— no seguras. Y me refiero a esta cuestión tan conocida y que no debiera necesitar aclaración, porque alguna vez no es rectamente entendida. Si se me permite citar un ejemplo concreto, un autor tan respetable como don Ignacio M.^a de Echaide ha escrito recientemente (1): "Tanta variedad de opiniones sobre un problema muy limitado es poco edificante y prueba que los filólogos, aun los más reputados, suelen lanzar hipótesis con bastante ligereza". Pero, a mi entender, eso significa que una opinión es sólo una opinión, es decir un juicio que se enuncia como probable o meramente posible acerca de un problema sobre el cual no hay elementos suficientes para una prueba estricta, o sea un reconocimiento modesto y plenamente científico de la limitación de nuestros conocimientos. El que el problema sea limitado no atañe ni quita nada. También es un problema claramente limitado el resultado de un partido de fútbol que se vaya a jugar el próximo domingo —y además no admite más que tres soluciones básicas—, y con todo no sería difícil reunir un bonito número de opiniones distintas sobre el mismo. Es un error, en general, aunque bastante divulgado, creer que una ciencia es un conjunto de proposiciones inmutables, en otras palabras de dogmas, que nada puede modificar. Debiera ser conocido, por el contrario, que incluso ciencias de larga y gloriosa historia, que son precisamente un modelo por su rigor, se ven obligadas de tiempo en tiempo a reexaminar no aspectos sin importancia, sino las mismas bases

(1) Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, IX, 28. El problema a que el Sr. Echaide se refiere es el de b, característica de 3.^a persona de imperativo.

de su estructura para amoldarles a nuevos hechos y a nuevas necesidades.

En cuanto a la posición especial de la lingüística entra las Ciencias del Espíritu me limitaré a una observación incidental. La lengua no es un hecho humano como cualquier otro, sino que en cierto sentido envuelve a todos los demás. No es una institución más entre las otras, como tan agudamente señaló Saussure, sino que presenta características específicas que la distinguen esencialmente. En particular, y este es el principio básico del evangelio lingüístico que desde hace años se viene predicando, una lengua no es una mera suma o agregado de elementos, sino un sistema cuyos miembros no tienen valor más que en cuanto se relacionan entre sí y con la estructura total. Esto permite que una lengua pueda estudiarse en sí misma, como objeto cerrado, haciendo abstracción de otros hechos naturales o sociales. No es que el conocimiento de la historia de un pueblo no suministre importantes elementos para comprender el pasado de una lengua y por consiguiente su estado en un momento dado como consecuencia de ese pasado, o que por el contrario la lingüística no proporciona datos de singular valor para la etnología prehistórica por ejemplo, sino que el estudio de un sistema lingüístico puede perfectamente hacerse atendiendo tan sólo a su estructura y dejando fuera de nuestra consideración esas conexiones reales. También puede hacerse, pongamos por caso, y se ha hecho, historia de la filosofía sin atender más que a la trazación ideal de los sistemas filosóficos, como si se tratara de un largo proceso de meditación y debate que hubiera tenido por escenario una mente única.

Tal vez un ejemplo concreto de lingüística vasca pueda servir para aclarar lo que entiendo al decir que se debe cuidar de no mezclar categorías lingüísticas con categorías extralingüísticas, en este caso psicológicas, al explicar hechos de lengua. Es bien sabido que desde hace años circula una teoría, que podemos llamar "pasivista", para explicar la naturaleza del verbo vasco. No hay por qué entrar ahora en su origen y desarrollo. Baste decir, y es una afirmación que podría probarse estadísticamente, que ha sido aceptada por la mayoría de los lingüistas, digámoslo así, profesionales. Y no cabe dudar tampoco de que la gran mayoría de los gramáticos vascos, si se han ocupado de ella ha sido para rechazarla enérgicamente.

Tal desacuerdo es sin duda bien curioso y vale la pena de examinar sus causas. Si no me equivoco, éstas son fundamentalmente las siguientes. Recordemos ante todo que "pasividad" o "pasivismo" no es más que una palabra, **flatus uocis**, una simple etiqueta, más o menos adecuada, empleada para rotular unos hechos. Y estos hechos, hechos exclusivamente de lengua, son los que vamos a ver. Donde el latín p. ej., decía **homo uenit**, "ha venido el hombre" con **homo** en "nominativo" (donde "nominativo" es otro etiqueta, en este caso tradicional y universalmente aceptada), el vascuence dice **gizona etorri da**; pero donde el latín decía de igual manera **homo uidit** "el hombre ha visto", el vascuence dice **gizonak ikusi du**. Por el contrario, donde el latín decía **hominem uidit** "ha visto al hombre", con **hominem** en "acusativo", el vasco dice **gizona ikusi du**. Limitándonos pues al terreno puramente gramatical habremos de decir, si convenimos en llamar "nominativo" a **gizona**, que mientras en altún **homo** está en "nominativo" en las frases primera y segunda y en "acusativo" en la tercera, el vascuence emplea **gizona**, "nominativo", en la primera y en la tercera, y otro caso distinto, que podemos llamar "activo" si nos parece oportuno, en la segunda. Si convenimos además en llamar "sujeto" al **gizona** de "el hombre ha venido", parece natural que llamemos también de la misma manera al **gizona** de "ha

visto al hombre”, pero no al **gizonak** de “el hombre lo ha visto”. Es evidente que la frase vasca está estructurada de distinta manera que la latina o, podemos decirlo también, que la española o la francesa. Si ahora queremos traducir al latín o al castellano las frases vascas, pero traducirlas literalmente, sin que ningún elemento de la expresión vasca quede sobreentendido, caemos en la cuenta de que lo podemos conseguir cómodamente usando en los dos últimos ejemplos un giro “pasivo”: “ello (sing.), ha sido visto por el hombre” y “el hombre ha sido visto”. Esto y nada más que esto es lo que significa la teoría “pasiva” del verbo vasco: un intento de descripción más exacta y, a lo sumo, de traducción literal a lenguas vecinas.

Pero veamos lo que sucede en el ánimo de un vasco a quien se habla de esto. Empecemos por decir que él no nota la menor diferencia conceptual cuando dice **gizonak ikusi du** o **el hombre lo ha visto**. Añadamos a esto que la palabra “activo” viene rodeada de cierta aura de ímpetu, decisión, virilidad; “pasivo” por el contrario parece suponer cierta debilidad, indecisión y hasta cobardía. Añadamos también que, vagamente formulada, está latente en casi todos la idea de que la mentalidad de un pueblo se refleja en su lenguaje y que los caracteres de los distintos pueblos se distribuyen, según ciertas clasificaciones al uso, en viriles y afeminados, pueblos dominadores y pueblos de alma de esclavo, y no nos extrañaremos de que nuestro vasco exclame indignado: “¿Es que yo soy un deficiente mental? ¿Es que cuando digo **muturrean jo det** va a resultar que es él, el “sujeto”, el que realiza la acción verbal?”

Aquí está la confusión de categorías a que antes me refería. “Sujeto” y “complemento”, “activo” y “pasivo”, son en el primer caso, conceptos lingüísticos, gramaticales, que para el supuesto vasco de nuestro ejemplo se han convertido en conceptos psicológicos que describen, mejor diríamos insultan, el carácter de un pueblo. Se olvida que, como decía Saussure, la lengua es forma y no substancia, que un mismo contenido puede ser conformado de muy distintas maneras en lenguas distintas, que la ausencia o presencia de una categoría gramatical no supone ni pobreza ni riqueza de pensamiento. Y se olvida sobre todo que los términos gramaticales se refieren exclusivamente a hechos gramaticales. Así no se han cambiadas las definiciones corrientes de la gramática castellana aunque aceptándolas tengamos que aceptar también —el ejemplo si no recuerdo mal es de Lenz— que en la frase “le dió una pedrada al boticario” quien recibe directamente la acción del verbo es la pedrada, mientras que el boticario sólo la recibe indirectamente (2).

(2) Ahora, al repasar estas líneas para su publicación, me limito a pensar que, arrastrado por el furor polémico, no he tratado con toda justicia a nuestro supuesto paisano. Una razón muy importante en que consciente o inconsciente apoya su actitud hostil al “pasivismo” es que él —como todos nosotros— “siente” que **gizonak** en **gizonak ikusi du** está más próximo a **gizona** en **gizona etorri da**, a pesar de la diferencia en la expresión, que **gizona** en **gizona ikusi du**. Puede compararse con esto la afirmación de A. Senn para quien los que tienen el ruso como lengua nativa (“en cuya mente el significado está por encima de todo”) relacionan entre sí el futuro de los perifrástico de los verbos imperfectos y el “presente” con valor futuro de los perfectivos formada por medio de un prefijo, porque el tiempo de ambos es el mismo, a pesar de que el último apenas se diferencia en la forma del presente del imperfectivo correspondiente. (Language, 25, 403-404). Por otra parte no se ve muy bien qué sentido puede tener el hablar

De la misma manera, si algunos vizcaínos distinguen entre **neba** "hermano de hermana" y **anaie** "hermano de hermano" mientras que nosotros llamamos a todos **anai**, no es porque nuestra conformación mental haga imposible que comprendamos la diferencia que existe entre las dos clases de hermanos o porque esos vizcaínos sean incapaces de darse cuenta de que entre esas dos clases de hermanos o porque esos vizcaínos hay un parentesco más próximo que entre primos de tercer grado. Ni un francés deja de notar alguna diferencia entre "madra" y "bosque" porque llame **bois** a ambos. Y, por si a alguno se le ocurre que la distinción vizcaína entre **neba** y **anaie**, o la que todos los vascos establecemos entre "**arreba**" "hermana de hermano" y **a(h)izpa** "hermana de hermana" se debe a que con nuestra mentalidad primitiva no hemos sido capaces de elevarnos hasta las sublimes alturas de abstracción que supone el concepto de "hermana en general", recordaré que el latín clásico distinguía **patruus** "tío paterno" y **auunculus** "tío materno", como también **amita** "tía paterna" y **matertera** "tía materna", distinción que a nosotros, a lo que parece, no se nos ha ocurrido introducir.

Estas observaciones preliminares con las que deseaba centrar los problemas de que quiero ocuparme hoy habrán sido sin duda insuficientes y por otra parte excesivamente largas. Ya he dicho que no voy a hablar de lingüística en general, sino exclusivamente de lingüística vasca y aun aquí sólo quiero y puedo decir algunas cosas, con una finalidad fundamentalmente práctica, sobre su estado actual y sobre su porvenir. Y quiero detallar algo lo que es y lo que no es, lo que estudia y lo que no estudia la lingüística vasca.

Esta clarificación de conceptos me parece de todo punto necesaria. Quizá sea una opinión completamente errónea —y no tengo el menor deseo de que sea acertada—, pero tengo la impresión de que los vascos tenemos hipertrofiado el sentido de la subordinación de unas cosas a otras y que por otra parte no poseemos en el grado debido, aunque esto parezca una paradoja, el sentido de la autonomía. Quiero decir que nos hacemos cargo en seguida de que esto es más importante que aquello, pero que no comprendemos que, aunque sea así, aquello no deja de tener alguna importancia, incluso en ciertos casos muchísima importancia. Y como consecuencia la lingüística se ha visto mezclada de manera casi inextricable en el vidrioso problema del porvenir de nuestra lengua.

¿Qué tiene que ver la lingüística con ese problema? Parece que entre nosotros unos la consideran como una especie de aliado, o cuando menos de auxiliar eficaz, en sus intentos para aumentar la vitalidad de la lengua; otros, por el contrario, de manera más o menos expresa, parecen conside-

de un "pasivo" en una lengua donde no hay un "activo" que se le oponga. Por eso, aunque de considerar el caso nominativo siempre como "sujeto" resulta en la práctica una mayor sencillez en la descripción, parece preferible admitir en una consideración estructural que la oposición "nominativo"/"activo", que tiene plena vigencia en los verbos "transitivos", se reutiliza en los "intransitivos", y en esta posición el archimorfema está representado por el término no caracterizado de la oposición, el "nominativo", del mismo modo que el "nominativo" es el archimorfema de la oposición "nominativo"/"ergativo" en el aoristo de los verbos intransitivos georgianos. Sobre las oposiciones morfológicas y su neutralización puede verse ahora la penetrante y amplia sistematización de M. Sánchez Ruy Pérez en su "Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo" (Salamanca, 1954), especialmente el capítulo primero.

rarla como un enemigo. Frente a ambas posiciones, la consideración exacta de los términos de la cuestión no puede llevarnos más que a una sola conclusión: la lingüística, como ciencia, no entra ni sale en ese problema y tiene una posición perfectamente neutral, más bien una posición de completa indiferencia. He dicho la lingüística, y no los lingüistas. Estos, como hombres que son, puede tomar, y toman de hecho, incluso las posiciones más extremas, pero, si verdaderamente son lingüistas, saben que su postura ante esa cuestión de hecho no tiene nada que ver y debe separarse cuidadosamente de su labor de intención estrictamente científica.

La lingüística es una ciencia de observación: recoge hechos, los clasifica y, en cuanto es posible, los explica. Pero se propone tan sólo describir una realidad, no modificarla o intervenir en ella. La lingüística no es una disciplina normativa, no da preceptos acerca de cómo se debe hablar o escribir una lengua: quiere saber cómo se habla o se escribe en realidad actualmente, o cómo se hablaba y se escribía en el pasado. Que de ese conocimiento, como de cualquier otro saber, se pueden obtener indicaciones útiles para la situación práctica, es cosa que no trataré de negar, porque es innegable, pero esa utilidad será siempre un subproducto que se obtiene de la especulación científica de una manera completamente involuntaria, sin que nadie haya tratado expresamente de conseguirlo.

Esto puede parecernos extraño a nosotros que estamos acostumbrados a ver en las obras que se ocupan de la lengua vasca una mezcla de observaciones de hecho y de derecho, una continua confusión entre lo que es y lo que debería ser. Un ejemplo, podríamos decir egregio, lo constituyen muchas obras de don Resurrección María de Azkue. Otro, para citar a uno de nuestros más notables investigadores actuales, lo constituye el libro "Erderrismos" de don Severo de Altube. En esta obra, escrita con una finalidad primordialmente práctica, hay, como he repetido en otros lugares, un cuerpo sistemático de observaciones científicas del mayor valor y constituye, a mi entender, la aportación más importante de que hasta ahora disponemos para el estudio de la sintaxis vasca. Hay además en él un conjunto de observaciones prácticas para el uso correcto de la lengua, quizá también las más útiles que se han formulado hasta ahora, Pero lo que falta es una clara delimitación de ambos campos y una discriminación precisa de conceptos teóricos y prácticos.

Volvamos a lo que he dicho más arriba. La lingüística, repito, no se preocupa del porvenir del vascuence y no es una fuerza activa que trate de conservarlo. Pero algunos vascos van más allá y consideran que la lingüística es en nuestro caso un enemigo, abierto o encubierto, de la lengua. Y voy a xaminar las razones por las que, según creo, se dice o se piensa esto.

Para unos el análisis científico de la lengua es una especie de profanación irreverente de una cosa sagrada e intangible: algo así como si uno utilizara los cadáveres de sus padres a fines de disección. Yo no creo que ningún lingüista haya pensado tal cosa. Me consta, en cambio, que para bastantes ese examen ha nacido del respeto y del amar que les ha llevado a estudiar el objeto que les parece quizá más valioso en la herencia espiritual que han recibido de sus mayores, si se trata de vascos, o de la de un pueblo por el que sienten un interés no exento de toda simpatía en el peor de los casos, si no lo son. Pero, en todo caso, si el estudio del pasado de un pueblo —o el de la propia familia de uno— y el de su estado actual en un orden de cosas cualquiera no se considera en ninguna parte, ni siquiera entre nosotros, irrespetuoso, sino más bien como una manifestación de apre-

rio por ese pasado y ese presente, no veo qué puede haber en el estudio de la lengua que le haga salir fuera de la norma general.

Veamos ahora otra consideración corriente, que he vista formulada claramente muchas veces, de palabra y por escrito. La lingüística vasca es un estudio "arqueológico", estudia la lengua vasca como un "fósil", como un objeto perteneciente a un pasado remoto y atrasado, no como objeto vivo entre nosotros. Y me sería difícil indicar la connotación peyorativa de que van acompañadas las palabras "arqueológico" y "fósil": bastará con decir que, al parecer, ese estudio supone necesariamente una actitud despectiva, casi insultante, para la lengua y para los que da hablan. Si completamos el pensamiento de quienes piensan o dicen esto —y ellos mismos se encargan alguna vez de formularlo explícitamente—, nos encontraremos con que para ellos la lingüística es un cebo lanzado por algunos para desviar nuestra atención de la lengua viva, una especie de "opio", en el sentido marxista, destinado a adormecer inquietudes muy naturales. Y hay que decir rotundamente que este punto de vista no ha podido nacer sino de un lamentable desconocimiento. La información más elemental sobre literatura lingüística les mostraría que no sólo se estudian las lenguas "fósiles", o las que se quieren ver convertidas en tales, sino que se estudian "arqueológicamente", para usar sus mismas palabras, las lenguas más vivaces y más difundidas, p. ej. el español o el inglés. No sólo esto: a su estudio "arqueológicamente" se dedica un número infinitamente más crecido de trabajos que al "fósil" vasco.

No voy a entrar más que de paso en la cuestión de los prestamos que tanto molesta a la susceptibilidad de muchos. El que el vascuence cuente con un número mayor o menor de palabras tomadas de otras lenguas es un hecho que le es común no con esta o la otra lengua, sino con todas las lenguas, absolutamente con todas. No costaría ningún trabajo demostrar que lenguas que han sido y son vehículo de la más elevada cultura tienen tantos o más préstamos que el vascuence. Sobre todo, yo no veo en absoluto que el negarnos a reconocer los hechos pueda llevarnos a ninguna parte, ni que el reconocimiento de la realidad evidente suponga deshonra o desdoro. Si en el comercio interlingual tenemos un balance desfavorable, y suponiendo —que es mucho suponer— que eso signifique pobreza, la culpa no es de la lingüística, sino de nuestros antepasados y nuestra propia. Y no creo que en general puede considerarse digna la actitud de negarse a reconocer las deudas contraídas por uno mismo, ni que se pueda estimar como muestra de respeto hacia la memoria de nuestros padres el rechazar las que ellos nos han legado. Sobre todo cuando, como en este caso, nadie nos apremia para que las paguemos. Si queremos echar por la ventana esos bienes que son ya legítimamente nuestros por uso y posesión continuada, allá nosotros. Pero no creo que después vayamos a estar mejor ni a ser más ricos que antes.

La lingüística, repito, se limita a observar y describir ciertos fenómenos, sin actuar directamente sobre ellos. Por eso tampoco estoy de acuerdo con otro sector, a mi parecer mucho mejor informado que el anterior, que de vez en cuando, al propugnar medidas de orden práctico, hace manifestaciones que empiezan por "La Lingüística dice..." "La Lingüística nos enseña..." Tratándose del mejor camino a seguir para mejorar el estado actual y el futuro de una lengua, la verdad es que la lingüística, como disciplina teórica que es, nos enseña muy poca cosa. Mejor dicho, nos enseña muy poca cosa que la observación atenta de los hechos no nos pueda enseñar sin la menor iniciación lingüística. Así está a la vista, para cualquiera que quiera ver los hechos, que no está en nuestra mano, más que dentro de límites muy

restringidos, actuar en el sistema de una lengua para modificarlo a nuestro arbitrio. Y las otras enseñanzas que se atribuyen a la lingüística son más bien sociológicas o, cuando se refieren a la historia externa de una lengua —como el saber cómo se han constituido las grandes lenguas comunes—, un capítulo de historia general de la cultura.

Pero por lo menos podemos retener de este examen una seguridad que, aunque negativa, puede contribuir a calmar recelos y temores. Del mismo modo que la atención de un químico, por muy concentrada que sea, no acelera o retarda, actuando como catalizador, una reacción, la atención del lingüista no mata ni siquiera debilita una lengua. No la robustece ni la vivifica, pero, repito, ni la debilita ni la mata.

Que el lingüista, en cuanto hombre, difícilmente pueda dejar de quedar ligado sentimentalmente a su objeto de estudio; que, como científico, le resulte desagradable la idea de que éste pueda desaparecer como hecho vivo en un futuro próximo o remoto, parece perfectamente natural. También es natural que el lingüista esté muy interesado en que ciertos estudios que tienen una vinculación más estrecha con la vida de un idioma, es decir lo que se llama Filología, tengan la vida más floreciente posible, puesto que de ellos espera una ayuda que le es indispensable. Pero todo esto es accesorio y, como decía antes, subproducto de su actividad principal.

Ahora bien, si la lingüística es una disciplina especulativa tan alejada de toda acción vital, ¿qué aliciente puede tener un sector más amplio que el de los puros especialistas para interesarse en su porvenir?

Voy a tratar de mostrarlo brevemente, aunque para ello tenga que repetir nociones trilladas. La lengua vasca no constituye ningún fenómeno milagroso o preternatural. Sería difícil, mejor dicho imposible, mostrar que en abstracto es superior, o inferior, a otra lengua cualquiera, ni más perfecta ni más imperfecta. Digo en abstracto, porque las ventajas o desventajas concretas que se pueden señalar se refieren a su adaptación o desadaptación a necesidades de un momento histórico determinado, y esta es imputable no a la lengua como sistema organizada de signos, sino a circunstancias históricas y, en último término, al interés o desidia de quienes la usan o la han usado. Creo que estamos en general lejos de las ideas que entre nosotros, según creo, expresó primeramente Unamuno —que en este orden de cosas, todo hay que decirlo, fué representante del progresismo más ramplón— y que han encontrado eco entre nosotros en tiempos más recientes, en el sentido de que una lengua es tanto más “adelantada” y “progresiva” cuanto más sencilla es la morfología. ¡Como si, aun dejando de lado la muy dudosa objetividad de esta clase de juicios de valor, el griego de Platón por ejemplo hubiera tenido nada que envidiar como vehículo del pensamiento o del sentimiento a cualquier lengua moderna!

El vascuence no tiene tampoco nada, absolutamente nada, de lengua primitiva, suponiendo que este término pueda significar otra cosa que lengua de un pueblo de cultura primitiva. No es siquiera, por lo que nosotros podemos saber, ni un año más antigua o más moderna que cualquier otra lengua próxima o lejana. Hace dos mil años se hablaba en una zona más o menos extensa una lengua de la que, sin solución de continuidad, sin la distinción que hay entre madre e hijo, procede el vasco actual, y hace también dos mil años se hablaba en cierta zona otra lengua, que en este caso llamamos latín, de la que proceden, también sin la menor solución de continuidad, el castellano o el francés actuales. Y la misma consideración vale para un periodo tan remoto como queramos.

Pero, por causas históricas que no es esta ocasión de examinar, el tipo

lingüístico que representa hoy, con más o menos fidelidad, el vasco actual, quedó arrinconado en una porción diminuta de la Europa occidental, mientras que otro grupo lingüístico, el indoeuropeo, se extendía ocupándolo todo. Y sencillamente por ese aislamiento, debido a causas extrínsecas desde el punto de vista lingüístico, nos encontramos hoy con que el vasco tiene entre las lenguas del Occidente europeo una posición excepcional y un interés, desde ese punto de vista, único. No conocemos otro representante de un tipo lingüístico que no es excepcionalmente maravilloso, pero que si es distinto, radicalmente distinto en cuanto los hechos humanos pueden ser distintos unos de otros, del tipo lingüística que actualmente lo rodea. Y en cuanto representante único de un tipo es natural que ofrezca también un interés excepcional para la lingüística general.

Su vida se ha desarrollado también en condiciones no muy frecuentes en Europa. Hablada desde hace siglos por un número reducido de personas y rodeada de lenguas de gran poder expansivo, el bilingüismo ha tenido que ser fenómeno corriente entre nosotros, en proporciones variables, no sólo en los últimos tiempos, sino desde las más antiguas migraciones indoeuropeas a la zona pirenaica por lo menos. Cómo en estas condiciones, sometida a presiones políticas muy fuertes en ciertos periodos y sin estar apoyada en una elevada cultura propia, ha podido conservarse hasta nuestros días, cuando pueblos que han desempeñado un papel muy destacado en la historia han perdido su idioma, es algo que uno no puede explicarse muy bien, pero es un hecho indiscutible. Hay todas las razones para pensar incluso que en ciertos momentos de la dominación romana su situación tuvo que ser tan precaria que ningún cálculo razonable hubiera podido suponerle una vida tan larga como la que va teniendo. Pues también estas condiciones de vida, las influencias que ha tenido que resistir y asimilar, aunque no sean ni mucho menos algo único en la historia de las lenguas, constituyen por lo menos un fenómeno raro en la Europa occidental, que so puede menos de despertar el interés científico.

Pero hay más. Desde que se comprendió plenamente el valor y alcance de la comparación de las lenguas entre sí, de la lingüística comparada, se vió que la relación de ciertas lenguas entre sí había de explicarse como el resultado divergente de la evolución de una misma lengua en el tiempo y en el espacio. Y con esto se arrojó una luz muy viva sobre el pasado, anterior a los documentos más antiguos, de los pueblos. No debemos olvidar que cuando, en prehistoria o protohistoria, se habla de indoeuropeos, de celtas, de ilirios, de iberos o de semitas, aludimos en primer lugar, cuando nuestras afirmaciones tienen algún sentido, a la lengua de esos pueblos. Pues, aunque no siempre coinciden lengua y nacionalidad, la lengua es, entre los factores culturales de un pueblo, uno de los más constantes y desde luego uno de los más característicos: mucho más característico en todo caso que su cerámica, su modo de enterramiento o la forma de los cráneos.

Por esto, sin hablar de la etnología prehistórica que podemos llamar local, la vasca, a la cual puede suministrar datos útiles el estudio histórico de la lengua, cabe la posibilidad de que ese eslabón aislado que es el vasco histórico pueda servir, por un descubrimiento afortunado, como clave para la comprensión de alguna lengua antigua, y uno piensa, naturalmente, en las inscripciones hispánicas. Y acaso, con un descubrimiento de mayor alcance, podamos fijar de una manera más precisa que hasta ahora su relación con otras lenguas vivas o muertas. De este modo, el eslabón aislado podría permitirnos reconstruir, de una manera necesariamente fragmentaria, el pasado de una extensa zona del que la historia poco o nada nos dice. En

esto me remito a las prudentes palabras de don Antonio Tovar: "Sin exageraciones, sin creer que en el vascuence vayamos a tener la clave de la lengua ibérica ni una explicación para todos los misterios de la España antigua, algo podemos sacar del enigma vasco, aunque no olvidemos el dicho de que si a primera vista esta lengua deslumbra, cada vez que se profundiza más en ella, más aislada y enigmática se la encuentra... ¡Qué tentación para un lingüista de raza que nazca en nuestra península y se encuentre rodeado de tan oscuros y atractivos misterios! ¡Hay el peligro de incurrir en la fantasía, de perderse en las variedades de la ligereza y la construcción apresurada, pero, en cambio, qué atractivo ver si se consigue el acierto y la conquista de alguna luz que borre las tinieblas!" (3).

Esto que podría haberse dicho sin duda de una manera mucho más desarrollada y desde luego más brillante, bastará, según creo, para demostrar que el interés científico de la lengua vasca se sale por mucho del círculo de los especialistas **sensu stricto** y que puede despertar la atención, como de hecho la ha despertado siempre, de sectores mucho más amplios. Pero yo no quería ahora más que mencionar, aunque fuera de una manera inhábil, este aspecto y referirme más detenidamente al interés especial que entre nosotros, en nuestro círculo local, puede tener este estudio.

Es antiguo entre nosotros el deseo de poseer centros de cultura superior y este deseo ha tenido recientemente expresión pública en diferentes ocasiones. Ahora bien, los deseos nunca han sido uno de los motores más activos de la historia y, limitándonos a los factores que condicionan internamente la realización de esta aspiración, no constituyen por sí solos base suficiente para el establecimiento y fecundidad de instituciones universitarias. Cuanto suponga trabajo científico o artístico del más alto nivel será por el contrario el mejor medio de establecer las condiciones que hagan posible su existencia. Es esta una idea que he oído exponer a José Miguel de Azaola y estoy completamente de acuerdo con ella.

Un vasco para quien la lengua haya sido medio de expresión desde la niñez y que además se siente ligado sentimentalmente a ella como uno de los primeros valores de la tradición en que ha nacido y vive, tiene sin duda una gran ventaja inicial sobre un extraño que se acerca a ella movido por un interés puramente científico y que tiene que empezar a buscar desde fuera un acceso al idioma. Esta ventaja no es, ni mucho menos, insuperable y hay sobrados ejemplos de lo que digo. Con todo, no deja de constituir una ventaja apreciable.

¿Cuál ha sido, pues, la aportación de los vascos a estos estudios? Sin duda, fundamental. Naturalmente son vascos, con excepción de casos aislados como el de Materre o el de Pouvreau, los que han suministrado y suministran los textos, orales o escritos, en que se basa todo lo demás: esto no hay siquiera que mencionarlo. Son de autor vasco, además, la mayor parte de las colecciones de material, diccionarios y gramáticas. Pero, voy a decirlo francamente, su elaboración a cierto nivel es algo en que hemos tenido y tenemos muy poca parte.

Es evidente que ha existido, y todavía existe, un gran divorcio entre la clase que podemos llamar profesional de los lingüistas y los tratadistas vascos. Aquéllos han recurrido y recurren a éstos en busca de material e incluso alguna vez de explicaciones; éstos, por lo general, desconocen o

(3) "Lingüística y filología clásica. Su situación actual" (Madrid, 1944), páginas 120 y 121.

finjen desconocer olímpicamente la existencia de aquéllos y de sus trabajos, si no los incluyen en una condensación general.

Los tratadistas vascos conceden desde antiguo una atención primordial a cuestiones nada científicas. Una de ellas es la obligación en que creen hallarse de responder a ataques reales o imaginarios contra la dignidad del idioma. De esta actitud de apologistas poco bueno puede esperarse para lo que aquí nos preocupa. De una labor científica de "prestigio" se pueden esperar de antemano tan pocos beneficios como de una política de prestigio en la vida internacional. De los resultados de esa postura para la vitalidad y difusión del idioma se ocupó ya con el mayor acierto Ibar en un libro conocido por todos.

La segunda causa del divorcio, y la más importante a mi entender, ha sido el amateurismo en que se han hundido voluntariamente muchos investigadores locales. Pero ésta es una cuestión fundamental de que quiero ocuparme extensamente más adelante.

Es necesario mencionar aquí el nombre de un vasco ilustre, don Julio de Urquijo, quien concibió desde joven una clara idea de su misión y supo realizarla durante muchos años, frente a incomprendiones y oposiciones, sin vacilación alguna. Aunque toda comparación sea odiosa, no creo que resulte ofensivo declarar que su obra personal no alcanza el volumen y la importancia de la labor gigantesca y casi increíble de un Azkue: él mismo lo repetía, de una manera mucho más modesta, a todo el que quería oírle. Pero él y casi sólo él ha deslindado los campos con certera visión y ha hecho posible entre nosotros el estudio científico de la lengua como disciplina autónoma. Y si yo puedo formular estos conceptos, se lo debo principalmente a él y, si alguno está de acuerdo con las ideas que expongo, salvando lo que tengan de excesivamente personal, será también en buena parte a causa de su enseñanza tanto por el precepto como por el ejemplo.

No creo que los resultados del divorcio a que me estoy refiriendo sean satisfactorios ni para los vascólogos ni para los vascos como colectividad. Tenemos una industria casera de la que nos sentimos muy ufanos, pero que no puede excitar más que sonrisas entre los que saben algo de los procedimientos especializados de fabricación; tenemos una moneda que nos parecerá a nosotros muy valiosa, pero que no circula fuera de nuestro circulito familiar. La lingüística vasca como estructura científica es algo a que hemos aportado poco; la mayor parte de lo que se ha hecho lo han hecho otros. Lejos de mí la idea de que esa aportación disminuya. Gracias a Dios, la ciencia es, a pesar de todos los defectos que como cosa humana le son inherentes, uno de los pocos terrenos en que todavía es posible esa colaboración sin prejuicios y sin segundas intenciones. No me parece, sin embargo, que los efectos de nuestra abstención hayan sido beneficiosas para la vascolología como ciencia.

Los progresos de una rama científica dependen en buena parte del número de investigadores que de ella se ocupan. En nuestro caso éstos han sido y son poquísimos. Muchos se han acercado a su estudio movidos por un interés marginal, y no han pensado ni por un momento en convertirlo en objeto principal o importante de sus trabajos. El resultado ha sido que la vascolología, que tiene razones objetivas suficientes para ser un campo de estudio autónomo con personalidad suficiente, ha estado a punto de convertirse en una especie de apéndice más o menos abandonado de la romanística, y no estoy seguro de que todavía hoy no se considere así en ciertos sectores.

Es más. Esta situación de dependencia ha dado lugar a situaciones molestas y completamente injustificadas, y ha hecho posible que en cuestiones

de lingüística vasca se entrometieran en tono pontifical una serie de personas cuyo haber científico era bien escaso en cualquier terreno o que, en el mejor de los casos, fueran cuales fueren sus méritos, no entendían gran cosa de lo que estaban tratando. No voy a extenderme aquí en una lista de agravios que podría ser bastante larga. Puede resumirse diciendo que casi se nos ha tratado por algunos como a una colonia cultural, sumida en las más completa ignorancia, que está obligada a escuchar con reverencia las palabras de cualquiera que, sean cuales sean sus calificaciones, se digne abrir la boca para ilustrarnos. Y a esto quería llegar: esta situación, cuyas líneas he recargado sin duda, pero que no deja de reflejar por desgracia algo real, nos es imputable ante todo y sobre todo a nosotros mismos.

Debiera preocupar a España y a Francia en general el ver de mejorar estas condiciones; sin desaprovechar lo que el Sr. Tovar llama "hecho único": afortunadamente esta preocupación ha tenido ya manifestaciones efectivas que todos conocemos. Pero debiera preocuparnos sobre todo a los vascos, teniendo en cuenta sobre todo que no es interés ni laboriosidad lo que nos falta. Son testigo de ello las incontables páginas que hemos dedicado y dedicamos a lucubraciones lingüísticas. Lo que nos queda por ver es el valor de esa labor tan entusiasta y tan extensa.

Tengo que referirme aquí a dos defectos, muy generales por humanos, que se nos antoja poseemos los vascos en grado poco envidiable. A lo mejor, como todos los extremos, podrán reducirse a una raíz común. Es, de una parte, la audacia, el atrevimiento o como quiera llamársele, de quien no se molesta en enterarse de lo que se ha hecho hasta entonces, y, de otra, la excesiva modestia de quienes, estando en condiciones de realizar un trabajo provechoso, no se atreven a hacerlo o a entregarlo al conocimiento público, y por tanto a la crítica, ante el temor de pasar por vanidosos. En esto, como en todo, lo fundamental es el abismo, a que ya he aludido, que media entre la actitud del profesional y la del aficionado. Porque la diferencia entre ambos no es de capacidad, sino fundamentalmente de actitud; no es de orden intelectual, sino de orden moral. No llamo profesional al hombre que vive de la lingüística, empresa bastante difícil, ni siquiera al que se dedica de manera preferente a ella. Llamo profesional al que realiza de determinada manera los trabajos que realiza, aunque no sea más que uno solo. El profesional, por serlo, no es ni más inteligente ni más capaz que el aficionado: el trabajo de investigación es obra de algunos hombres excepcionales y de un número infinitamente mayor de hombres corrientes, pero tenaces y concienzudos. Ni siquiera separa al profesional del aficionado la cantidad de conocimientos: un aficionado puede saber, y de hecho sabe muchas veces, muchas más cosas que un profesional. Sólo que éste se informa de las cosas pertinentes a su objeto, y aquél se pierde en un fárrago en que no es capaz de distinguir lo útil de lo inútil.

La diferencia, vuelvo a insistir, está en la actitud moral. El aficionado se entrega a su juego con alegre irresponsabilidad, tiene en cuenta lo que le conviene y desecha con un encogimiento de hombros lo que no le interesa. El profesional toma seriamente su tarea: si se siente con fuerzas, la elige amplia, si se cree débil, pequeña y adecuada a su capacidad. Podrá fallar el blanco, pero será en contra de su mejor intención y tras haber puesto en juego todos los medios a su alcance; el aficionado podrá acertar, pero siempre será por casualidad, como el músico de la fábula de Iriarte. Y estas diferencias se reflejan en los resultados obtenidos por unos y otros. La de los profesionales es una labor colectiva, continuada. Nadie, por mucho que se estime, puede pensar sino que está colaborando, en mayor o menor

medida, en una tarea en que muchos han trabajado en común antes de él y otros muchísimos trabajarán después; aun en el momento tiene que tener en cuenta los resultados obtenidos por sus coinvestigadores. Las nuevas aportaciones no anulan lo existente, sino que, para usar un término hegeliano, lo superan en una nueva síntesis que, a su vez, será superada más pronto o más tarde, pero no anulada, por otras. Y como consecuencia hay un progreso no uniforme, pero sí continuado, y ese progreso tiene que continuar par la misma naturaleza de las cosas en tanto no intervengan factores externos de tipo catastrófico, ajenos a la esencia de la obra científica.

Esta continuidad es lo que a primera vista se echa de menos en la labor de los aficionados. Aquí nadie cuenta con nadie; si se toma en consideración a algún autor, se le tiene en cuenta aisladamente y por causas especiales —simpatía, simple casualidad, conveniencia, etc.—, mientras que se pasa por alto a otros por motivos igualmente arbitrarios. Las teorías están por lo tanto en constante fluctuación: nada se supera y nada se admite definitivamente, y las viejas ideas reaparecen periódicamente como si nada hubiera ocurrido. Y, aparte de lo que se gana por influencia de la investigación profesional cuyos resultados terminan a veces por filtrarse hasta aquí a través de canales misteriosos, el único progreso efectivo que se puede constatar es en la reunión de materiales, donde la cantidad es el principal criterio de avance.

* * *

Resumiendo con la mayor brevedad posible el estado actual de la vasculología, podremos decir que cuenta con un cuerpo importante le doctrina sistematizada y con una gran cantidad de material aun poco o nada elaborado. No ha sido despreciable, ni muchísimo menos, la obra de nuestros antecesores entre los cuales hay que destacar, en el orden teórico, la egregia figura de Schuchardt. Hoy en día contamos por otra parte, además de la labor personal de algunos notables investigadores, con centros permanentes de enseñanza e investigación de la lengua vasca en Burdeos, en Salamanca y, finalmente, por feliz iniciativa de la Excma. Diputación de Guipuzcoa, en esta misma ciudad.

Pero necesitamos mucho más, y no creo sinceramente que la situación de la vasculología sea particularmente floreciente si la comparamos con los estudios consagrados a lenguas vecinas. Habrá sin duda en el mundo lenguas peor conocidas que el vasco, pero entre las lenguas de la Europa occidental ocupamos sin duda el último lugar. Y nosotros somos europeos y el vasco es una lengua de la Europa occidental, una lengua atlántica, como dice Lewy, no sólo desde el punto de vista geográfico. El atraso de nuestros estudios se deberá sin duda a factores objetivos como el carácter aislado del vascuence y también a factores accesorios como el escaso número de investigadores que a su estudio se dedican, pero no hay que olvidar por ello nuestro abandono y la falta de técnica y organización del trabajo.

Voy a indicar algunas de las cosas que, a mi entender, necesitamos con urgencia. Limitémonos para empezar al vocabulario como aspecto más concreto y que, al menos aparentemente, ofrece menos dificultades. En este campo realizó Azkue, como todos sabemos, una labor ingente, que parece excesiva para una sola persona; no olvidemos tampoco a otros lexicógrafos posteriores entre los cuales ocupa lugar destacado el P. Lhande. Pero ni él ni sus sucesores lo han hecha todo, ni mucho menos. Los textos no están todavía suficientemente estudiados: está en primer lugar la gran masa de

documentos no literarios medievales e incluso del siglo XVI —y me refiero sólo a los publicados—. que nos ofrece una gran riqueza sobre todo de nombres propios, que están por reunir en un gran repertorio, siguen las obras no escritas en vascuence, cuyo examen detenido dará, y puedo citar ejemplos concretos, una buena cosecha. En cuanto a las obras en vascuence, Azkue no estuvo lejos de haberlas examinado todas, pero su examen tuvo que ser por necesidad apresurado en bastantes casos. Aparte de que lo que él buscaba no es por necesidad lo que buscamos nosotros. No bastará con entresacar de ellos algunas palabras. Necesitamos estudios completos del léxico de un autor o de una obra, donde no se busquen simplemente las palabras castizas con fines de aplicación práctica o de estudio histórico, sino monografías en que aparezca el vocabulario completo, sin distinción de orígenes, el vocabulario como sistema de signos opuestos unos a otros. Sé que don Antonio Tovar tiene en esto un vivo interés y que desea se preparen trabajos de esta clase para tesis doctorales. Por de pronto se ha publicado ya en Salamanca el léxico de los Refranes de 1596, preparado por don Juan Gorostiaga.

Lo misma puede y debe hacerse con el habla viva de una localidad, y esto está al alcance de cualquier persona que conozca bien el habla en cuestión, tenga interés por los hechos y una cierta finura de espíritu para su interpretación.

El léxico no es el único sistema de una variedad lingüística: por el contrario es acaso el más fluctuante y menos organizado. Necesitamos también con urgencia descripciones de su sistema gramatical.

Necesitamos finalmente, como síntesis de esta labor descriptiva, un atlas lingüístico del País Vasco. Esto ya difícilmente podrá ser hoy obra de la buena voluntad de algunos particulares: exigirá la iniciativa y el apoyo de organismos públicos.

No he hecho hasta aquí otra cosas que recoger los ruegos insistentes de varios investigadores han formulado insistentemente. Y continuaré parafraseando las palabras que uno de los más ilustres, M. René Lafon, ha escrito recientemente. El mismo expuso aquí por otra parte estos desiderata en una ocasión que todos recordamos.

En otro orden de cosas, y repito a Lafon, está por constituir todavía una gramática comparada de los dialectos vascos. Conozco las dudas que un autor eminente ha expresado en diferentes ocasiones acerca de la posibilidad o utilidad de establecer, como resultado de esa comparación, el "protvasco" o "vasco común". Creo, sin embargo, que la justificación teórica de ese intento, aspecto en que no puedo ahora entrar, es la misma que la de tantos otros intentos análogos que se vienen realizando desde hace tiempo en otros grupos lingüísticos, cuya utilidad sigue imponiéndose en la práctica a todos. En cuanto a su necesidad, es hora ya de que se fije, aunque las líneas tengan que ser en muchos puntos hipotéticas, cuál ha sido la evolución observable o adivinable de los sonidos y de las formas vascas, y, aparte del estudio de los préstamos, es éste el único instrumento de que disponemos. Quizá entonces adquieran algunos autores vascos una idea de lo que es la lingüística histórica y de lo que es la evolución de una lengua como hecho histórico no reversible, y empezaremos a oír hablar menos de "letras protéticas" y de "alternancias", en la acepción laxa y cómoda en que se usa entre nosotros esa palabra, con lo que todo puede proceder de todo y producirlo todo, como si el vasco fuera una especie de demostración práctica de la metafísica de Heráclito, sin un solo punto estable en que pueda hacer presa la mente.

Esta restitución de los fonemas y formas del vasco común es también necesaria, mejor dicho indispensable, para dar solidez a los intentos de comparación del vasco con lenguas o grupos lingüísticos distintos. Porque una buena parte de las aproximaciones que se han propuesto y se proponen se sostienen o caen según la idea que nos hagamos de cuál era la constitución fónica antigua de los morfemas vascos.

Y he dejado de hablar de la conveniencia y necesidad, si no de un diccionario, de un repertorio etimológico vasco, porque afortunadamente se ha iniciado ya esta empresa por iniciativa de don Antonio Tovar.

* * *

Para todo esto quisiera yo pedir desde aquí, una vez más, la colaboración de cuantos entre nosotros sienten afición por estos estudios, que no son pocos. Y también quisiera pedir la ayuda de aquellos que, sin colaborar personalmente, están interesados en su porvenir. Y quiero recordar a todos que esto depende en buena parte de que su organización posea o no una base estable y que esa estabilidad se refiere en buena parte a la estabilidad económica. Esto lo comprendemos todos fácilmente, pues el buen sentido en materia económica no nos falta, al menos en los últimos tiempos.

Quiero recordar también a quienes deseen contribuir con su trabajo que éste, para ser eficaz, requiere una preparación bastante fatigosa. La comprensión de las bases teóricas de la lingüística exige ciertos esfuerzos y la técnica descriptiva que sobre todo en los veinticinco últimos años se ha elaborado es un instrumento muy fino, pero muy difícil de manejar. Y, si dejando lo puramente descriptivo queremos hacer lingüística histórica, nos será indispensable adquirir sobre todo una cierta familiaridad con los métodos comparativos, no sólo en campos como el románico, sino en otros donde la comparación ha tenido que ser, digámoslo así, de gran alcance.

Dicho en otras palabras, del mismo modo que hoy a nadie que sepa lo que se hace se le puede ocurrir ponerse a estudiar física sin haber oído hablar de funciones goniométricas o adentrarse en la fisiología del aparato digestivo sin nociones de química, tampoco puede nadie enfrentarse con provecho con los problemas lingüísticos sin adquirir previamente la preparación necesaria. Y esta preparación, huelga decirlo, la tiene que adquirir uno desde los principios, siguiendo luego paso a paso, sin saltarnos lo que no nos gusta para estudiar lo que nos gusta.

El **homo uniuersalis** —y no temáis que empiece ahora con la acostumbrada exaltación ditirámica del hombre del Renacimiento— es un espléndido ideal, pero un ideal al que yo y otros como yo hemos tenido que renunciar como aspiración personal desde que nos hemos empezado a dar cuenta de las cosas. No estará de más puntualizar, sin embargo, que el **homo uniuersalis** no era el aficionado a todo, sino precisamente el especialista en todo: Leonardo de Vinci no era un **amateur** ni como pintor ni como ingeniero militar sino sencillamente un profesional en ambas cosas.

Y yo ya terminar con un consejo a quienes sientan alguna inclinación por estas actividades, consejo que nadie debe tomar a mal —como ninguna de las cosas que llevo dichas aunque a veces fueran excesivas—, ya que procede de la buena voluntad de un aprendiz, de un lingüista de deseo que les acompaña o les ha precedido por ese camino. Si no; dedicamos, aunque sólo sea en nuestros ratos libres, a alguna tarea científica, debemos

huir del amateurismo. De una manera muy particular, no debemos pensar nunca que ellas —los investigadores, los sabios— constituyera una casta superior de hombres, distinta de la nuestra. Esto, más que una manifestación de modestia plausible, es una expresión de apego a la propia comodidad. Debemos pensar por el contrario: “Ellos y nosotros —aunque ellos en grande y nosotros en pequeño— estamos dedicados a la misma tarea. Nuestros métodos de trabajo son los mismos e igual debe ser también la conciencia de la responsabilidad y el apego a la verdad”.

